

**Crimen y expiación.**

Quando hubieron terminado aquellas fiestas y justas, pensó el rey en el gobierno y administración del Estado: en el extranjero se gozaba de una paz octaviana, y la Francia podía dormir tranquila en medio de sus aliados. Al Poniente estaba el duque Visconti, á quien ligaba con las casas de las flores de lis el casamiento de madama Valentina con el duque de Turena: al Mediodía el rey de Aragón, emparentado con el de Francia: al Occidente el duque de Bretaña, vasallo revoltoso, pero no contrario declarado, y al Norte la Inglaterra, mortal y encarnizada enemiga de la Francia; pero como sentía en su seno todos los gérmenes de una guerra civil, concedió, como un favor á su rival, una tregua de tres años, cuando ella hubiera podido solicitarla para sí como una gracia. Únicamente

las provincias interiores reclamaban en aquella época la solicitud del rey, y la reclamaban con instancia. Arruinadas sucesivamente por las administraciones de los duque de Anjou y de Berry, el Languedoc y la Guyenne tendían sus descarnadas manos hacia su joven soberano. Messire Juan Lemercier y Guillermo de La Rivière, que eran del consejo del rey, le exhortaban hacía mucho tiempo á que fuese á visitar las provincias lejanas de su reino. Decidióse al fin, y se señaló el día de San Miguel para emprender el viaje. Trazóse el itinerario para Dijón y Aviñón, y por consiguiente el duque de Borgoña y el Papa Clemente recibieron aviso del próximo paso del rey.

El día señalado salió Carlos de París acompañado del duque de Turena, de sire de Coucy y de otros muchos caballeros; en Chatillón sur Seine habló al duque de Borbón y al conde de Nevers, que le salían al encuentro para rendirle homenaje. En Dijón le recibió la duquesa de Borgoña rodeada de las damas que más agradaban á S. A., y eran madama de Sully, madama de Nevers, madama de Vergy, y otras muchas flores abiertas en los tallos de las familias más nobles de Francia. Las fiestas duraron diez días, al cabo de los cuales se despidió el rey de su tía, después de haber cum-

plimentado y regalado á las damas de su corte. El duque se embarcó en el Ródano y llegó á Aviñón casi al mismo tiempo que su sobrino.

¿ Conocéis Aviñón, la ciudad santa, triste y sombría, en el día como un guerrero vencido, y que continuamente se mira en el Ródano buscando en su frente la tiara? Entonces era la corte de Clemente VII. Un gran maestre de la orden de Malta acababa de rodear su talle con un cinturón de murallas. Juan XXII, Benedicto XII, Clemente VI y Urbano V la habían dotado con su palacio pontifical y San Benezed con su puente milagroso.

Allí dió gracias á sus tíos los duques de Berry y de Borgoña por la buena compañía que le habían hecho, y les dijo que regresasen, el uno á Dijón y el otro á París, mientras que él continuaba su viaje á Tolosa, acompañado de los duques de Turena y de Borbón.

Los dos tíos del rey conocieron entonces cuál era la verdadera causa de aquel viaje, y que su sobrino al emprenderlo no se llevaba otro objeto que el de hacer una pesquisa acerca del gobierno arbitrario que había arruinado el Languedoc. Dejaban con él á messire de La Rivière y Lemerrier, Montaigne y Leveque de Villaine, hombres

íntegros y rígidos, á quienes consideraba el duque de Berry como á enemigos personales, y que en realidad lo eran tan solo de sus arbitrariedades.

Los dos duques salieron de Villanueva sumamente tristes.

— ¿ Qué opináis de eso, hermano? dijo el duque de Berry al de Borgoña luego que estuvieron en el campo.

— Opino, respondió éste, que nuestro sobrino es joven y que le sucederá alguna desgracia por dar oídos á consejeros sin experiencia; pero ahora es preciso que nos resignemos. Llegará día en que los que le conducen adonde va se arrepentirán de haberlo hecho, y al rey le sucederá otro tanto. Por lo que hace á nosotros, retirémonos á nuestras tierras, y mientras permanezcamos unidos nadie nos ofenderá, porque después del rey somos los más poderosos de la Francia.

Al día siguiente pasó Carlos por Nimes, y sin detenerse en la antigua ciudad romana, fué á dormir á Lunel. Al otro día comió en Mompelie, donde empezó á oír los gemidos y las quejas, y le dijeron que cuanto más se internase, tanto más arruinado encontraría el país, y que sus dos tíos los duques de Anjou y de Berry, que sucesivamente le administraran, le habían dejado tan

pobre, que los más ricos y más poderosos apenas tenían con que hacer podar sus viñas y arar sus campos.

— Mucho lastimará vuestro corazón, señor, le decían, ver á vuestros hijos despojados de lo suyo, pagando cinco ó seis tallas al año, y agobiados siempre con un nuevo impuesto antes de haber satisfecho el anterior; porque vuestros dos tíos han recaudado arbitrariamente más de 30,000 libras entre el Ródano y el Gironda. El duque de Anjou vejaba tan solo á los ricos y á los poderosos; pero el duque de Berry, que le sucedió, no perdonaba ni á rico ni á pobre. Añadían que todas las exacciones se habían hecho por su tesoro, que era de la ciudad de Bessieres, y que se llamaba Betisac; y que ese Betisac, espigando donde su amo segara, no dejaba siquiera al pueblo lo que el labrador deja á los pájaros; la espiga que cae del carro de la recolección.

El rey respondió que si Dios le ayudaba pondría coto á tamaños desórdenes, que no tendría consideraciones con sus tíos, y que mandaría formar causa á sus consejeros y agentes.

En medio de aquel concierto de maldiciones entró el rey en la ciudad de Bessieres, donde se hallaba Betisac: encargó que se guardase el más

profundo secreto acerca de las quejas que le habían dirigido, y dedicó á los festejos los tres ó cuatro primeros días de su llegada, mientras que secretamente había comisionados que hacían una pesquisa. Al cuarto día le manifestaron éstos que existían contra el tesorero de su tío tales cargos, que no podían perdonarse, porque arrastraban la pena capital.

El consejo del rey se reunió; mandaron prender en su casa á Betisac y lo condujeron á presencia de sus jueces.

Entonces le enseñaron encima de la mesa un lio de papeles que probaban sus exacciones, y le dijeron:

— Betisac, mirad y responded. ¿Qué tenéis que decir contra estas cédulas?

Un escribano se las fué enseñando una por una, y para todas tenía contestación: las que estaban firmadas por él, las reconocía, pero añadía que había obrado según las órdenes que tenía del duque de Berry, y que por consiguiente se interrogase á su amo, y negaba las otras, diciendo:

— Esta es la primera noticia que de ellas tengo; podrán satisfacer vuestras preguntas los senescales de Beaucaire y de Carcassonne, ó si no el canciller de Berry.

Los jueces estaban perplejos, y mientras aguardaban nuevas pruebas le mandaron á la cárcel. Luego que quedó encerrado pasaron á su casa, se apoderaron de todos sus papeles y los examinaron muy detenidamente. En ellos se encontró que se habían impuesto tales contribuciones y recaudado tales sumas en las senescalías y señorías del rey, que los que oían leer dudaban de lo que leían. Llamósele otra vez, y dijo que aquellas cuentas estaban exactas, y que se habían recaudado las sumas en efectivo, pero que solo habían pasado por sus manos, y que obraban en poder del duque de Berry; añadió que en su casa tenía los recibos de todas las cantidades que le había entregado y designó el sitio en que se hallaban; mandólos á buscar el tribunal, comparólos con los cargos, y encontró que estaban exactos. Ascendía el total á tres millones.

Los jueces se quedaron parados al ver tamañas pruebas de la codicia del duque de Berry, y preguntaron á Betisac qué había hecho su amo de tan crecidas cantidades.

— No puedo decirlo á punto fijo, contestó: creo que gran parte la habrá invertido en los castillos, palacios, tierras y pedrería que ha comprado á los condes de Boloña y de Etampes; sus casas ya

sabéis que están espléndidamente montadas, y además ha enriquecido á sus criados Thibaut y Morinot.

— Y á vos, Betisac, ¿ os habrán tocado cien mil libras en ese saqueo? le preguntó sire de La Rivière.

— Messire, respondió Betisac, el duque de Berry había recibido poderes del rey, y yo los tenía del duque de Berry; y de hecho estoy autorizado por el rey, porque lo estoy por su gobernador. De aquí se deduce que todas las contribuciones que he impuesto son legítimas; y si algo me ha correspondido de ellas, lo debo al duque de Berry, pues monseñor quiere que sus criados sean ricos; y mi riqueza es buena y justa, puesto que á él se la debo.

— Eso es disparatar, contestó messire Juan Lemercier; no hay riqueza buena ni justa siendo mal adquirida. Volved al calabozo mientras examinamos lo que habéis dicho. Referiremos al rey vuestra defensa y se hará lo que él determine.

— ¡ Dios le aconseje! dijo Betisac.

Saludó á sus jueces y le condujeron á la cárcel.

Cuando se esparció por el país la noticia de que Betisac estaba preso por orden del rey y que iba á ser juzgado, toda la gente de los campos circunve-

cinos acudió á la ciudad : los infelices á quienes había despojado entraban á viva fuerza hasta el palacio del rey para pedir justicia, y cuando salía se arrodillaban delante de él y le presentaba súplicas y quejas. Los unos eran hijos á quienes había dejado huérfanos : los otros eran mujeres á quienes había dejado viudas ; y los otros, en fin, eran jóvenes á quienes había hecho madres ; donde faltaba la persuasión, se había empleado la fuerza. Aquel hombre lo había agotado todo, tesoros, venas y honor. El rey veía que la sangre del pueblo gritaba y gemía pidiendo venganza del prevaricador, y mandó que el consejo fallase contra él.

En el momento en que los jueces se hallaban reunidos entraron dos caballeros : eran sire de Nantouillet y sire de Mespín, que en nombre del duque de Berry confesaron cuanto Betisac había hecho, y pidieron al rey y á su consejo que les entregasen aquel hombre y que procediesen en la pesquisa contra el duque, si les parecía justo.

El consejo se encontró entonces en muy crítica posición. El duque de Berry podía recobrar algún día el ascendiente que con el rey había perdido, y todos temían disgustarle.

Por otra parte eran tan patentes y tan visibles los crímenes y opresión de Betisac, que se ofen-

diera á Dios si se le dejara salir intacto de la cárcel. Se propuso que se embargaran y vendieran sus bienes y muebles, y que su producto se distribuyera al pueblo : de este modo se encontraría pobre y desnudo como le había recogido el duque de Berry ; pero el rey no quería que se administrase justicia á medias, y dijo que esta restitución solo podría contentar á los que había arruinado, pero que las familias en las que había sembrado muerte y deshonor, únicamente podrían quedar satisfechas viéndole terminar sus días en un suplicio infame.

Mientras esto pasaba se presentó un anciano delante del consejo, y enterado de lo que se trataba, dijo al rey y á los jueces que haría confesar á Betisac un crimen personal, del que no podría responder el duque de Berry. Preguntáronle qué se requiera para ello.

— Que se me encierre en el mismo calabozo en que se halla Betisac, respondió.

Y no quiso dar más explicaciones, diciendo que lo demás corría por su cuenta, y que respondía del resultado de su empresa.

Hízose lo que deseaba, se le condujo públicamente á la cárcel : el carcelero le recibió y le encerró en el calabozo donde estaba el preso.

El anciano fingió estar solo, extendió los brazos

hacia delante como un hombre que no ve bien, y cuando llegó á la pared se sentó apoyándose contra ella, juntó las piernas al cuerpo y colocó los codos encima de sus rodillas, sujetando la cabeza entre sus manos.

Betisac, cuyos ojos estaban acostumbrados á la obscuridad, observaba al nuevo huésped con la curiosidad de un hombre que se encuentra en semejante situación, é hizo un movimiento para llamar su atención; pero el anciano permaneció inmóvil y como sumergido en un profundo delirio. Tomó entonces el partido de dirigirle la palabra, y le preguntó si venía de la calle.

El anciano levantó los ojos y divisó en un rincón al que le interrogaba: estaba de rodillas en ademán de orar. ¡Aquel hombre se atrevía á orar! El anciano se estremeció al verse tan cerca del que había prometido perder. Betisac repitió su pregunta.

— Sí, respondió el anciano con voz ronca.

— ¿Y de qué se ocupan en la ciudad? preguntó afectando indiferencia.

— De un tal Betisac, replicó el anciano.

— ¿Y qué dicen de él? continuó tímidamente el que tanto interés tenía en la pregunta que hacía.

— Dicen... que le ahorcarán.

— ¡Virgen Santísima! exclamó Betisac poniéndose de pie.

El anciano dejó caer otra vez la cabeza entre sus manos, y el silencio del calabozo solo fué turbado por la respiración oprimida del que acababa de saber aquella terrible noticia.

Permaneció un momento inmóvil, pero le flaquearon luego las piernas; se apoyó contra la pared y se enjugó la frente. Al cabo de un rato de abatimiento continuó con voz ronca y sin cambiar de actitud:

— ¿Y no le queda ninguna esperanza?

El anciano guardó silencio y permaneció inmóvil, como si nada hubiese oído.

— Os pregunto si le queda alguna esperanza, dijo Betisac yendo hacia él y sacudiéndole el brazo con frenesí.

— Sí, respondió tranquilamente el anciano; le queda una, y es que la cuerda puede romperse.

— ¡Dios mío! ¡Dios mío! exclamó Betisac retoreciéndose las manos: ¿quién me dará un consejo?

— ¡Ah! dijo el anciano mirándole con aire sombrío, como si temiese perder una sola expresión de su desesperación. ¡Ah! ¿conque sois vos ese hombre que un pueblo entero maldice? ¿No es

verdad que son muy pesadas las últimas horas de semejante vida?

— ¡Oh! dijo Betisac, ¡que se apoderen de cuanto tengo, muebles, dinero, casas! ¡que los arrojen á ese pueblo que grita, y que me dejen la vida, aun cuando deba pasarla en este calabozo con esposas y grillos y sin volver á ver la luz! ¡pero la vida, la vida! ¡Oh! ¡quiero vivir!

El infeliz se arrastraba por el suelo como un furioso: el anciano le miraba sonriéndose, y cuando le vió jadeante le dijo:

— ¿Y si alguien os diese un medio de salir de tan cruel situación?

Betisac miraba al anciano como si hubiera querido leer en el fondo de su corazón.

— ¿Qué decís?

— Que os compadezco, y que si seguís mi consejo os tendrá mucha cuenta.

— ¡Oh! hablad... soy rico... todos mis bienes...

El anciano se echó á reír.

— Eso es, esperas rescatar tu vida con lo que te la hace perder, ¿no es verdad? ¿Luego crees estar en paz con Dios y con los hombres?

— ¡No, no! soy muy culpable, lo sé, y me arrepiento de mis faltas. Pero me habéis dicho que había un medio... ¿cuál es?

— Si me encontrase en vuestro lugar, ¡no quiera Dios! oid lo que haría.

Y Betisac devoraba las palabras á medida que salían de la boca del anciano. Éste continuó:

— Cuando compareciese otra vez delante del consejo del rey seguiría negando...

— Sí, sí.

— Pero diría que arrepentido de otro crimen quería confesarle para salvar mi alma; diría que por espacio de muchos años pequé contra la fe, y que era mágico y hereje.

— Eso es falso, interrumpió Betisac; soy buen cristiano, y creo en Jesús y en la Virgen Santísima.

El anciano prosiguió como si no le hubiera interrumpido.

— Diría, pues, que soy mágico y hereje, y que me mantenía en mi opinión. El obispo de Bessieres me reclamaría, porque mi delito pertenecería entonces á la justicia eclesiástica, y me enviaría al Papa de Aviñón; y como N. S. Padre Clemente es íntimo amigo del duque de Berry...

— Comprendo, dijo Betisac interrumpiéndole. Sí, sí, nuestro señor de Berry no permitirá que me castiguen. ¡Ah! sois mi salvador

Y quiso arrojarse en los brazos del anciano ; pero éste le rechazó.

Abrióse en aquel momento la puerta ; iban á buscar á Betisac para conducirle delante del consejo.

Creyó que había llegado la hora [de recurrir á la astucia que le había sido sugerida, y colocando una rodilla en tierra, pidió permiso para hablar : fuéle concedida la palabra.

— Señores, dijo, temo haber ofendido grandemente á Dios, no por haber arrebatado el dinero del pueblo, porque todos saben que obré por orden de mi amo, sino por no creer en la fe de Cristo.

Los jueces se miraron sorprendidos.

— Sí, señores, continuó Betisac, yo no puedo creer en la existencia de la Trinidad, ni que el Hijo de Dios se haya humillado hasta el punto de bajar del cielo para encarnarse en una mujer ; y pienso que cuando mi cuerpo muera morirá también mi alma.

Resonó en toda la asamblea un murmullo de sorpresa ; y sire Lemercier, á pesar de ser su más encarnizado enemigo, se levantó y le dijo :

— Betisac, reflexionad lo que habéis dicho, porque vuestras palabras ofenden á nuestra madre la Iglesia y piden fuego.

— Yo no sé, respondió Betisac, si piden fuego ó agua ; pero esta es mi opinión desde que tengo uso de razón, y lo será hasta que le pierda.

Los jueces se santiguaron, y temiendo condenarse si le oían por más tiempo, mandaron que se le condujera otra vez á la cárcel. Al entrar en ella buscó al anciano para referirle lo que había sucedido ; pero éste ya no estaba.

Lo que pasó en el alma de aquel hombre, solo Dios lo supo ; pero al día siguiente hubiera podido negar que fuese el mismo sujeto de la víspera. Sus horas se habían convertido en años, y en una noche habían encanecido sus cabellos.

Cuando supo el rey la declaración de Betisac, se sorprendió extraordinariamente.

— Creíamos que solo era ladrón, y es también hereje ; pensábamos que solo merecía la cuerda, y reclama además la hoguera. Bien ; será quemado y ahorcado.

Pronto se supo en la ciudad la revelación que Betisac había hecho, y el pueblo manifestaba su alegría con descompasados gritos, porque aquel hombre era generalmente odiado y detestado ; pero á nadie sorprendió tanto aquellas noticias como á los dos caballeros que se hallaban en Bessieres para reclamarle en nombre del duque de Berry :



conocieron que se había perdido y pensaron que había hecho aquella declaración por consejo de un enemigo; pero fuese de quien fuese el consejo, la declaración estaba hecha, el rey había pronunciado su sentencia y no quedaba más que una esperanza, la de hacerle negar al día siguiente lo que había dicho la víspera.

Fueron inmediatamente á la cárcel en que se hallaba con objeto de verle y de indicarle un medio de defenderse; pero el carcelero les dijo que tanto á él como á cuatro alguaciles que para el efecto habían sido enviados, se les había mandado de orden del rey, y bajo pena de la vida, que no dejasen hablar á nadie con Betisac. Los caballeros se miraron con pesadumbre, fueron á su casa, montaron á caballo y marcharon á dar cuenta de su comisión al duque de Berry.

Al día siguiente á eso de las diez de la mañana, sacaron á Betisac de la cárcel, y cuando vió que le conducían, no delante del consejo del rey, sino al palacio del obispo, se animó algún tanto. Allí encontró reunidos á los jueces civiles y eclesiásticos, lo que le probó que mediaban contes- taciones entre la justicia temporal y la justicia espiritual. El baile de Bessieres dijo entonces al tribunal eclesiástico:

— Señores, os entregamos á Betisac como hereje y enemigo de nuestra fe; si su crimen hubiese sido relativo á la justicia real, justicia se le hubiese administrado por ella; pero pertenece por su herejía á la justicia eclesiástica. Haced de él lo que sus obras exigen.

Betisac creyó que se había salvado.

El juez eclesiástico le preguntó entonces si era tan pecador como se decía; y viendo él que el asunto tomaba el giro que se le había indicado, respondió que sí. Se hizo entrar al pueblo y se mandó á Betisac que repitiese su confesión delante de él; hizolo por tres veces, y tres veces la acogió el pueblo con el rugido que da el león cuando devora su presa.

Después hizo una seña y Betisac fué entregado á los soldados, que le sacaron del tribunal. El pueblo bajó á su alrededor y detrás de él las gradas de palacio, envolviéndole y apretándole como si temiera que se le escapase.

Betisac creía que le llevaban fuera de la ciudad para conducirlo á Aviñón. Al pie de la escalera encontró al anciano, que estaba sentado en un trascantón: su fisonomía respiraba alegría, alegría que Betisac interpretó á su favor; hizole una seña con la cabeza.

— Sí, sí, salió bien, dijo el anciano, ¿no es verdad?

Se echó á reír, se colocó luego de pie encima del trascantón, y dominando á todo aquel gentío, gritó:

— Betisac, no olvides que me debes el consejo que te guía.

Bajóse en seguida y tomó, con la rapidez que le permitía su edad, una calle transversal que conducía á palacio.

Betisac se dirigía hacia allí por la calle Mayor, rodeado del pueblo, que de cuando en cuando arrojaba uno de aquellos grandes alaridos que ya conocemos nosotros por haberlos oído muchas veces. El culpable no reconocía en aquellos gritos más que la expresión de la cólera del pueblo, que veía escapar su presa, y se admiraba de que le dejase salir tan tranquilamente de las murallas de Bessieres, cuando al llegar á la plaza de palacio se oyó un grito que fué repetido por la muchedumbre. El cortejo se abrió precipitándose hacia el centro, porque hacia aquel centro estaba colocada una hoguera, y de ella salía una horca extendiendo hacia de calle Mayor su descarnado brazo, de cuyo extremo pendía una cadena y una argolla de hierro.

Betisac se encontró solo en medio de sus cuatro guardias, porque todos se habían apresurado á apoderarse del mejor sitio alrededor del cadalso.

Entonces se presentó la verdad desnuda á la vista de aquel hombre; tenía la forma de la muerte.

— ¡ Ah! duque de Berry, exclamaba, ¡ soy perdido: ¡ socorredme! ¡ socorredme!

Y el pueblo respondía con gritos de maldición contra el duque de Berry y contra su tesorero. Betisac no quería avanzar, y los soldados le agarraron y le hicieron andar á la fuerza; luchaba y gritaba que no era hereje, que creía en Cristo hecho hombre y en la Santísima Virgen María. Juraba por Dios que era verdad lo que decía, pedía perdón al pueblo, y una carcajada general sofocaba su súplica. Pedía socorro al duque de Berry, y los gritos ¡ muera! ¡ muera! respondían á su invocación.

Colocáronle por fin los soldados al pie de la hoguera, sujetándole á uno de los postes que formaban la barrera que la rodeaba y en la que estaba apoyado el anciano.

— ¡ Ah! ¡ maldito seas, exclamó Betisac al divisarle; tú me has conducido á este sitio! Señores, señores, soy inocente; ese malvado me ha engañado: ¡ socorredme! ¡ socorredme!

El anciano se echó á reír.

— Feliz memoria tienes, le dijo, y no te olvidas de los amigos que te dan buenos consejos. El último, Betisac, piensa en tu alma.

— Sí, señores, dijo Betisac, que de este modo esperaba ganar tiempo; sí, un sacerdote, un sacerdote.

— ¡Y para qué le necesitas, dijo el anciano, si tu alma ha de morir con tu cuerpo?

— ¡Que muera! ¡que muera! gritó el pueblo. El verdugo se acercó.

— Betisac, estaba escrito que murieses, le dijo; quien mal anda, mal acaba.

Betisac permanecía inmóvil, con los ojos descajados y erizados los cabellos. El verdugo le agarró de la mano y él se dejó llevar como un niño. Cuando llegaron á la hoguera le levantó en brazos, y sus criados, abriendo la argolla se la colocaron al cuello. Betisac quedó colgado, pero no ahogado; y el anciano se precipitó sobre la antorcha de resina que ardía en el hornillo y prendió fuego á la hoguera: el verdugo y sus criados se apartaron.

Las llamas volvieron la energía al infeliz que iban á devorar. Sin dar un grito y sin pedir perdón agarró con las dos manos la cadena de la que

estaba suspendido, y subiendo á fuerza de puños á lo largo de sus eslabones, logró agarrar el crucero de la horca, y le agarró con sus manos y con sus rodillas, alejándose de la hoguera lo más posible. En aquella postura se mantuvo fuera del alcance del fuego, mientras que ardió la base de la hoguera; pero las llamas no tardaron en elevarse como un ser animado é inteligente, como una serpiente que se endereza, y levantaron su cabeza hacia Betisac, arrojándole humo y chispas: al cabo de un rato le lamían con su flamígera lengua. El infeliz dió un grito al sentir aquella mortal caricia: sus vestidos habían sido abrasados.

Siguióse un profundo silencio, para que nada se perdiese de aquella última lucha de la criatura y del elemento, de la vida y de la muerte: oyéronse los lastimeros gritos del uno y los alegres rugidos del otro. El hombre y el fuego, es decir, el paciente y el verdugo, se enlazaban y apretaban fuertemente; pero al cabo de un rato el hombre se declaró vencido, sus debilitadas rodillas abandonaron su apoyo, sus manos no pudieron apretar por más tiempo la ardiente cadena, dió un grito de desesperación, y soltándose quedó otra vez suspendido en medio de las llamas. Aquel ser informe, que había sido una criatura humana, se

agitó convulsivamente, y á poco rato quedó inmóvil. La sortija que estaba clavada en la horca, se soltó, porque la madera se había calcinado ya; y como si hubiese sido arrastrado al infierno, cayó entonces el cadáver y desapareció en medio de la hoguera.

Los espectadores fueron desapareciendo en silencio, solo el anciano se quedó al pie del suplicio; todos se preguntaban si aquel anciano era Satanás que iba á reclamar un alma juzgada.

Aquel anciano era un hombre, cuya hija violó Betisac,

## .IV

## Asesinato del condestable.

Si nuestros lectores, para entrelazar más fácilmente con sus detalles el conjunto de los acontecimientos que les referimos, quieren seguirnos fuera de las murallas de Bessieres; si consienten en abandonar las ricas llanuras del Languedoc y de la Provenza; las ciudades en las que se habla un dialecto hijo de Roma y de Atenas; los campos de olivos, por los que corren los ríos ribeteados de adelfas, las riberas que vienen á bañar cristalinas aguas, tibias todavía, del sol del Bósforo, desde el verde y profundo Océano, atravesando las llanuras desiguales de la Bretaña y bosques de encinas seculares, los conduciremos á algunas leguas de la antigua ciudad de Vannes, los introduciremos en uno de aquellos castillos fortificados, residencia prudente de aquellos poderosos vasallos